

plaza pública para la edición del 18 de septiembre de 1992
% Rafael Solana
% Aquellos libros de texto
miguel ángel granados chapa

→ Todavía no es demasiado tarde para evocar a Rafael Solana, el escritor fallecido el seis de septiembre. Presente de muchas maneras no sólo en la literatura y el periodismo sino en diversas expresiones de la vida pública, estuvo ligado a la primera edición de los libros de texto, cuando los ideó don Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública (de quien Solana fue secretario particular) y los puso en negro sobre blanco Martín Luis Guzmán.

Al modo de Stefan Zweig, Solana llamó *momento estelar* al de la entrega de los primeros ejemplares del libro de texto gratuito, concebido en 1959 y que fue puesto en manos de niños potosinos en enero del año siguiente. De la primera edición e hicieron dos millones de ejemplares, y en el poblado de El Saucito, cercano al cementerio de San Luis, hoy integrado ya a la mancha urbana, fueron entregados cincuenta ejemplares, a otros tantos niños escogidos para simbolizar la puesta en práctica de una idea al mismo tiempo colosal y noble.

" Aquellos libros..., cuenta Solana, yo los había visto nacer, por mis manos habían pasado sus pruebas, y yo había visto entrar a las juntas en que se planearon, a los más importantes pedagogos de México, y a los autores de mayor prestigio, a los dioses mayores de nuestra literatura nacional: a Alfonso Reyes, a Martín Luis Guzmán, a José Gorostiza, a Gregorio López y Fuentes, a Agustín Yáñez, a Arturo Arnáiz y Freg, al propio Jaime Torres Bodet, y a todos cuanto algo valen en las letras o en la pedagogía de México; todos fueron convocados a opinar, a votar; a todos se consultó, porque era la idea que los libros gratuitos fuesen no unos libros tan buenos como los onerosos, sino mejores, incomparablemente mejores que los mejores de ellos; hechos con primor tipográfico, con perfección estilística, con eficacia didáctica y, por encima de todo, con un criterio patriótico, de unidad nacional, de anchísima comprensión o, como diría el presidente López Mateos con frase feliz, *sin fanatismo contra los fanatismos y con tolerancia para tenaces intolerancias*. Los más hostiles partidarios, los maestros que se consideraron más perjudicados en su negocio (los autores de los libros que se vendían) no pudieron tachar jamás una sola línea de estos libros; los tuvieron que atacar a ciegas, sin concretar, sin puntualizar cuál podría ser la base de sus ataques. Cuando hubo una manifestación contra los libros gratuitos, en Monterrey, se trasladaron los mejores pedagogos de México a aquella ciudad para sostener charlas con los atacantes. Pidieron aquellas personas, los



La portada del número de Siempre, de este semana;
me con firma en mi idez:

regiomontanos, un plazo, para leer los libros, pues cuando hicieron una manifestación contra ellos, ¡no los habían leído!". *ocurrida en la escuela Cuauhtémoc*

Solana recordó esa escena, cuando se cumplieron ^{CINCO} ~~cuatro~~ años de ocurrida, en un artículo publicado en *El Día*, el 5 de enero de 1965. El texto fue recogido en *Crónicas de Rafael Solana*, que el propio periódico editó el año pasado, con una antología de ~~144~~ más de mil quinientas colaboraciones que recibió de Solana a lo largo de los treinta años (desde el momento de la fundación del periódico hasta el de su muerte).

Dijo Solana:

"La de El Saucito era una escuela pobre; sus niños y niñas estaban vestidos humildemente; formaban, a la derecha los varoncitos y a la izquierda las niñas, dos filas, de menor a mayor. El ministro y el gobernador fueron sentados detrás de una mesa, cuyo mantel el viento levantaba; los acompañantes a su lado, ellas en sillas rústicas; había algunos periodistas y fotógrafos de la prensa local.

"Ahora..., esa sencillísima ceremonia, en una escuela pueblerina, seguramente ha sido olvidada por muchos de los que a ella asistieron, No por mí, que conservo vivos en la memoria muchos de sus detalles, como si hubieran ocurrido ayer apenas. La docena de diminutos vasitos dispuestos en que las profesoras sirvieron vermut, en la destartalada dirección, presidida por un retrato de Juárez; el azoro de los niños, que recibían un obsequio que no esperaban; la bondad en la sonrisa del ministro, cuando entregó a los párvulos los primeros volúmenes. Ahora, sabemos por el más reciente informe presidencial, han sido repartidos ciento catorce millones de libros, pero yo recuerdo el primero. Lo recibió una niña --le pregunté su nombre y lo apunté--, de seis años de edad, llamada María Isabel Cárdenas..."

evocando también la presencia de don Francisco Martines de la Vega, a la sazón gobernador de San Luis Potosí.

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Rafael Solana

■ Aquellos libros de texto

La portada del número de *Siempre* de esta semana, me confirma en mi idea: todavía no es demasiado tarde para evocar a Rafael Solana, el escritor fallecido el 6 de septiembre. Presente de muchas maneras no sólo en la literatura y el periodismo sino en diversas expresiones de la vida pública, estuvo ligado a la primera edición de los libros de texto, cuando los ideó don Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública, y los puso en negro sobre blanco Martín Luis Guzmán.

Al modo de Stefan Zweig, Solana llamó *momento estelar* al de la entrega de los primeros ejemplares del libro de texto gratuito, concebido en 1959 y que fue puesto en manos de niños potosinos en enero del año siguiente. De la primera edición se hicieron 2 millones de ejemplares, y en el poblado de El Saucito, cercano al cementerio de San Luis, hoy integrado ya a la mancha urbana, fueron entregados cincuenta ejemplares a otros tantos niños escogidos para simbolizar la puesta en práctica de una idea al mismo tiempo colosal y noble.

“Aquellos libros...”, cuenta Solana, “yo los había visto nacer, por mis manos habían pasado sus pruebas, y yo había visto entrar a las juntas en que se plantearon, a los más importantes pedagogos de México, y a los autores de mayor prestigio, a los dioses mayores de nuestra literatura nacional: a Alfonso Reyes, a Martín Luis Guzmán, a José Gorostiza, a Gregorio López y Fuentes, a Agustín Yá-

ñez, a Arturo Arnáiz y Freg, al propio Jaime Torres Bodet, y a todos cuanto algo valen en las letras o en la pedagogía de México; todos fueron convocados a opinar, a votar; a todos se consultó, porque era la idea que los libros gratuitos fuesen no unos libros tan buenos como los onerosos, sino mejores, incomparablemente mejores que los mejores de ellos; hechos con primor tipográfico, con perfección estilística, con eficacia didáctica y, por encima de todo, en un criterio patriótico, de unidad nacional, de anchísima comprensión o, como diría el presidente López Mateos con frase feliz, *sin fanatismo contra los fanatismos y con tolerancia para tenaces intolerancias*. Los más hostiles partidarios, los maestros que se consideraron más perjudicados en su negocio (los autores de los libros que se vendían), no pudieron tachar jamás una sola línea de estos libros; los tuvieron que atacar a ciegas, sin concretar, sin puntualizar cuál podría ser la base de sus ataques. Cuando hubo una manifestación contra los libros gratuitos, en Mon-

terrey, se trasladaron los mejores pedagogos de México a aquella ciudad para sostener charlas con los atacantes. Pidieron aquellas personas, los regiomontanos, un plazo para leer los libros, pues cuando hicieron una manifestación contra ellos, ¡no los habían leído!”

Solana recordó esa escena, ocurrida en la escuela Cuauhtémoc, cuando se cumplieron cinco años de ocurrida, en un artículo publicado en *El Día* el 5 de enero de 1965. El texto fue recogido en *Crónicas de Rafael Solana*, que el propio periódico editó el año pasado, con una antología de más de mil quinientas colaboraciones que recibió de Solana a lo largo de los treinta años (desde el momento de la fundación del periódico hasta el de su muerte).

Dijo Solana, evocando también la presencia de don Francisco Martínez de la Vega, a la sazón gobernador de San Luis Potosí:

“La de El Saucito era una escuela pobre; sus niños y niñas estaban vestidos humildemente; formaban, a la derecha

los varoncitos y a la izquierda las niñas, dos filas, de menor a mayor. El ministro y el gobernador fueron sentados detrás de una mesa, cuyo mantel el viento levantaba; los acompañantes a su lado, ellas en sillas rústicas; había algunos periodistas y fotógrafos de la prensa local.

“Ahora... esa sencillísima ceremonia, en una escuela pueblerina, seguramente ha sido olvidada por muchos de los que a ella asistieron. No por mí, que conservo vivos en la memoria muchos de sus detalles, como si hubieran ocurrido ayer apenas. La docena de diminutos vasitos dispuestos en que las profesoras sirvieron vermut, en la destartalada dirección, presidida por un retrato de Juárez; el azoro de los niños, que recibían un obsequio que no esperaban; la bondad en la sonrisa del ministro, cuando entregó a los párvulos los primeros volúmenes. Ahora, sabemos por el más reciente informe presidencial, han sido repartidos ciento catorce millones de libros, pero yo recuerdo el primero. Lo recibió una niña —le pregunté su nombre y lo apunté—, de seis años de edad, llamada María Isabel Cárdenas...”